

—Nada, no voy a vuestro *reveillon* —dijo Pedro Atarfe—. Estos días me ponen triste. Os aguaría la fiesta. Son días de familia, de intimidad, y yo, como no tengo a nadie, prefiero pasarlos solo, devaneando con mis recuerdos.

¡Cómo pasa el tiempo! Esa frase melancólica que se nos escapa alguna vez no indica sólo que vamos consumiendo nuestro capital de tiempo, que no hay manera de reponer y en que sólo cabe algún ahorro a fuerza de tantos sacrificios y cuidados que no merece la pena. Dice también que vemos cambiar las cosas a nuestro alrededor y nos vemos mudados a nosotros mismos. Si nada cambiara, nos parecería que el tiempo estaba quieto, y llegaríamos al fin sin enterarnos.

No se necesita haber vivido mucho para ver cambiar las costumbres. Como



Como una estampa antigua, descolorida, se va dibujando en mi memoria una casa madrileña. Es una casa vieja, de espaciosa estancias, altas de techo. Tiene una capilla de columnitas y angelotes dorados y una Dolorosa, que dicen es milagrosa, en el retablo. Tiene un estrado de damasco rojo con muchos retratos ennegrecidos y algunos cuadros de devoción. Los retratos más modernos son el de un caballero que viste el frac azul y la corbata de muchas vueltas de los románticos y el de una dama con lisos blandós negros y una rosa en la mano. La estancia está alumbrada con muchas bujías puestas en candelabros y en la araña de lágrimas y colgantes de cristal. Caldean la casa grandes braseros de bronce y alguna chimenea de leña. Allí no ha entrado el gas; la electricidad no se conoce. Todavía, en las habitaciones interiores, alumbran relu-

# NOCHEBUENA DE ANTAÑO

por E. GÓMEZ DE BAQUERO

ese cambio es lento, gradual, de todas las horas y todos los minutos, no le percibimos mas que en los ratos que consagramos al recuerdo, a hojear el libro de memorias que llevamos dentro. Lo mismo pasa con nuestras propias mudanzas. Creemos ser los mismos, y tal día, evocando las jornadas de nuestra vida, vemos las primeras tan lejanas, que se nos antojarían ajenas si no supiéramos perfectamente que nos pertenecen, aunque sea con una mera posesión histórica de recuerdos. Una mañana alegre, llena de esperanzas, de sol interior, nos despertamos hombres habiéndonos acostado niños; pero esa mañana no tiene fecha en ningún calendario personal. La reconstituimos idealmente *a posteriori*. Como tampoco tiene fecha fija aquella otra mañana o aquella tarde en que delante de un espejo, o ante el espejo interior, advertimos que íbamos para viejos, partiendo del supuesto de que no seamos tan majaderos o no tengamos tan indecoroso apego a la vida, que nos hagamos la ilusión de que el tiempo no pasa por nosotros.

## II

El mudar de las cosas y nuestro propio mudar lo notamos más agudamente en las fechas propicias al recuerdo. Tal es la Nochebuena. A pesar de su alegría,

este amable misterio cristiano es una fiesta de recuerdos, lo cual pone en ella cierta neblina de melancolía.

Diciendo con el cantar:

La Nochebuena se viene,  
la Nochebuena se va...

advertimos que las Nochebuenas que vienen se van diferenciando de las antiguas, y no sólo dentro de nosotros, sino en el ambiente de las costumbres.

Las Nochebuenas mundanas de ahora, con sus alegres *reveillons* del Palacio y del Ritz y sus árboles de Navidad, exóticos en el mundo latino, evocan en nuestra memoria la Nochebuena clásica de Madrid, del Madrid de nuestra infancia. Mucho antes de las doce, las calles quedaban solitarias. Se cerraba todo. A la actividad y al movimiento del anochecer y de las primeras horas de la noche, en que las amas de casa más retrasadas hacían las últimas compras para la cena familiar, sucedían la tranquilidad, el silencio, la soledad. Sólo alguna pandilla de borrachos y gente de rompe y rasga alborotaba un poco, entonando villancicos con voces aguardentosas. Diríase que la ciudad se había eclipsado, refugiándose junto a la lumbrera alegre de miles de hogares. Durante algunas horas no había ciudad; había sólo casas, hogares, interiores de familia.

cientos velones andaluces que aun no se habían puesto de moda ni se habían mixtificado convirtiéndose en aparatos de luz eléctrica. En las demás habitaciones se usan bujías, a veces los famosos *cabos de Palacio*, que son de Palacio bajo la fe del tendero que los vende.

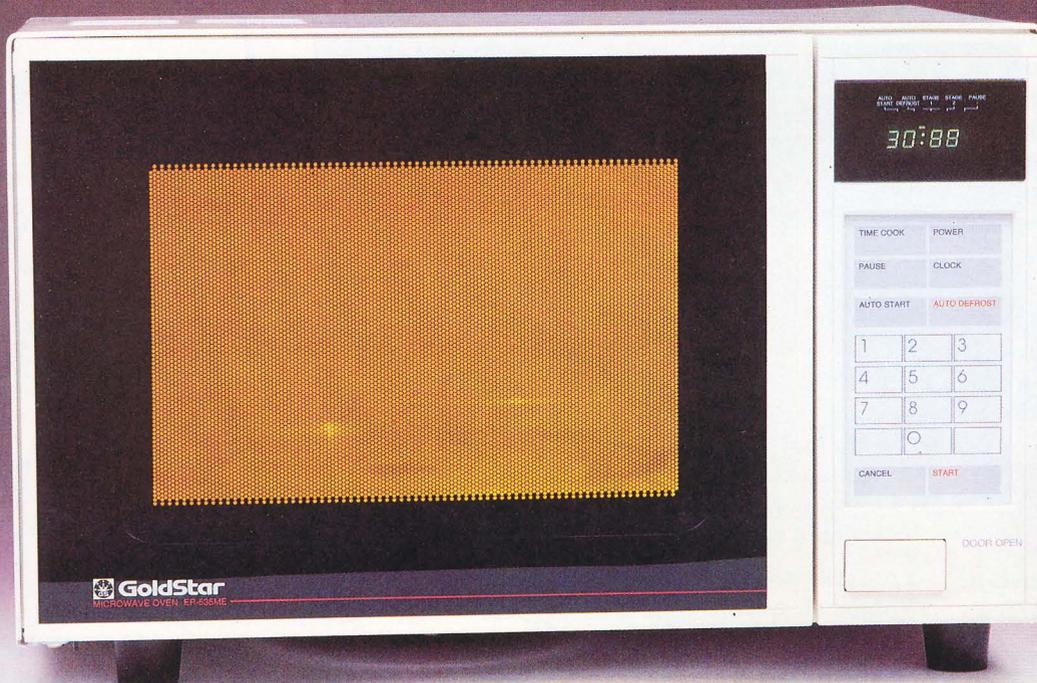
Habitan la casa dos señoras viejas con sus criadas. Estas dos damas son muy pulcras, muy finas, de porte muy señoril. Tienen largas y delgadas manos marfileñas, en las cuales es frecuente ver un rosario de nácar o un libro de devoción, y otras veces un abanico de varillas de nácar con recamos de oro y paisaje mitológico, de una mitología inocente y vestida, por supuesto. Estas damas no se ponen sombrero mas que cuando van de viaje. Llevan siempre, fuera de esa ocasión singular, mantillas de ricas blondas. Siempre van de negro, un poco retrasadas en la moda. Las modas nuevas les parecen extravagantes, impropias de señoras formales. Pero no se crea que estas damas son lúgubres y tristonas. Nada de eso; las vemos sonrientes, bondadosas, comunicativas; hacen visitas, cultivan el trato de sus parientes y amigos. Alguna rara vez van al teatro por la tarde, acompañando a unos sobrinillos, a ver una comedia de magia, como *La redoma encantada* —en esta redoma está encerrado el marqués de Villena, que pasa por un gran encantador—, o una zarzuela de espectáculo,

EN ESTAS FIESTAS

# QUEDE COMO UN REY



¡Por Ahorrar!



## MICROONDAS

Imposiciones

Un año  
**350.000 Pts.**

Dos años  
**225.000 Pts.**

Tres años  
**125.000 Pts.**

## ¡REGALESE TODOS!

Cuatro productos con ordenador e impresora

Una imposición a plazo Fijo de  
UN AÑO    DOS AÑOS    TRES AÑOS  
**2.290.000    1.450.000    875.000**

50 ANIVERSARIO



LA CAJA DE CANARIAS

EN ESTAS FIESTAS

# QUEDE COMO UN REY



¡Por Ahorrar!



**CRISTAL DE BOHEMIA**  
Hecho a mano  
51 Piezas

Imposiciones

Un año  
**300.000 Pts.**

Dos años  
**200.000 Pts.**

Tres años  
**100.000 Pts.**

## ¡REGALESE TODOS!

Cuatro productos  
con ordenador e  
impresora

Una imposición a plazo Fijo de  
UN AÑO    DOS AÑOS    TRES AÑOS  
**2.290.000    1.450.000    875.000**

**50**  
ANIVERSARIO



**LA CAJA**  
DE CANARIAS

como *Catalina o Los Madgyares*. De vez en cuando se ve en la tertulia de las señoras a algún eclesiástico de palabra discreta y finas maneras, que parece un abate retrasado.

#### IV

Nuestras simpáticas señoras han tenido un día muy atareado. El 24 de diciembre hay mucho que hacer. Han estado en la plaza de Santa Cruz comprando figurillas finas de barro para el nacimiento, que cada año, al ser armado y desarmado, experimenta sensibles bajas en sus frágiles personajes. Han comprado también musgo y ramaje. Han pasado por la cerería a recoger un gran paquete de candelillas de colores. Después tenían que pasar por la “Dulce Alianza” a elegir una gran anguila de mazapán para la cena, y otras cajas que regalan a parientes y amigos.

La “Dulce Alianza” tiene la especialidad de que sortea entre sus parroquianos una gran caja de cubiertos de plata. Nuestras dos amigas han estado también en un bazar de juguetes. Han entrado y salido en otras tiendas, y todavía han tenido tiempo para hacer algunas breves visitas y decir a sus deudos y amigos de confianza: “¡Que no faltéis. Os esperamos. Hasta luego!” Por su parte, las criadas —nuestras dos damas no quieren servidores varones— no se han estado quietas. Mientras unas han andado atareadas en el trabajo de la casa, otras han ido a desempeñar diversas comisiones.

Las dos señoras llegan a su casa un poco cansadas, pero muy satisfechas. No se les ha olvidado nada. Su primer cuidado es ir a ver el nacimiento. Todos los años, en una habitación de la casa, se arma aquel colosal nacimiento, con innumerables figurillas de barro fino que reproducen, además de las santas figuras del Misterio, numerosos ejemplares, ya del reino animal, ya del humano. Hay ovejas, vacas, cerdos, pavos, gallinas, palomas, representados con mucha propiedad; hay pastores, lavanderas, viejecitas que hilan, otra que azota a un chico, una castañera, numeroso acompañamiento de los Reyes Magos, montados en dromedarios. La flora es también variada y numerosa. Hay ruinas de cartón piedra y una fuente de donde brota un hilo de agua natural. Las dos damas contemplan satisfechas el nacimiento y se dicen una a otra: “¡Está precioso!” “¡Se ha lucido don José!” Don José es uno de los eclesiásticos que visitan la casa; un andaluz muy servicial y habilidoso, que tiene fama de hombre

de buen gusto y se ha encargado de dirigir la instalación del nacimiento. Es un alma de Dios, bien hallado con su pobreza, a quien las buenas señoras ayudan encargándole misas, de las innumerables que hacen decir en sufragio de sus muertos.

Luego las damas van a ver el comedor; pasan revista a la despensa y al oficio o cuarto de servicio, cercano al comedor, donde se hallan dispuestas sabrosas y abundantísimas provisiones. Allí hay de todo lo que Dios crió: granadas, naranjas y manzanas enviadas por los renteros; mantecados y tarros de dulce, regalo de unas monjitas a quienes protegen las señoras; mazapanes y turrones de todas clases, cajas de jalea y de perada, conservas de mil géneros, botellas de vinos añejos. Lo que no hay es *champagne*. A las señoras no les gusta; tienen contra él cierta prevención. Se figuran que es un vino escandaloso, de gente libertina. En la cocina hay gran tráfago y movimiento. Entre gran variedad de manjares, hay tres servicios absolutos, indispensables: el besugo, el pavo asado, la sopa de almendra. Una cena de Nochebuena sin esa base no se concibe. Como no conciben nuestras buenas viejas que sea completa una Navidad sin el nacimiento. El nacimiento es una institución. El árbol de Noel, que han visto en casa de una amiga aristocrática —ellas también tienen sus ejecutorias de nobleza muy cuidadas, muy guardaditas en sus tapas de piel roja con hierros dorados, que reproducen el blason de la casa—, les parece una cosa de *extranjis*, algo sospechosa, una invención de protestantes, con la cual sería irreverente comparar al nacimiento, que se viene armando tradicionalmente en la casa desde que eran niñas sus dueñas.

Pronto la casa, tan tranquila, tan silenciosa de ordinario, se va llenando de ruidos, de risas infantiles, de carreras de chicos por los pasillos, de estruendo de tambores y zambombas, de vocecillas delgadas de criaturas que cantan villancicos. Han llegado las sobrinas casadas, con sus chiquillos, y alguna amiga de confianza, que también es esposa fecunda. Las buenas señoras se multiplican para atender a la chiquillería, para que todos tengan su agasajo; evitan con maña que algún chicuelo travieso descomponga el nacimiento; consuelan a uno que se ha caído corriendo por los pasillos; mantienen la paz y armonía entre la grey infantil, y tienen para todos sonrisas, mimos, miradas de abuelas que no han sido madres.

Los chicos desaparecen de escena a prima noche. Son el prólogo de la fies-

ta. Se los llevan a sus casas, porque a la cena no asisten mas que personas mayores. La cena ha de celebrarse al dar las doce, porque antes no se puede promiscuar. En torno a la mesa se sientan viejos y jóvenes. Siempre hay alguna sobrinita a quien han puesto de largo el año antes, y algún muchacho recién salido de la Universidad que le hace una corte tímida y respetuosa a la sobrinita. Las dos damas miran enternecidas estos honestos idilios, que conducen invariablemente a la vicaría. No son de esas solteronas agrias que sienten contra el amor el rencor de sus decepciones. Una de ellas ha guardado toda la vida viudez de corazón a un pretendiente que tuvo, un gallardo lancero que sirvió a las órdenes de don Diego de León y a quien mataron en la guerra civil. La otra se consagró primero a sus padres, luego a su hermana, la doncella viuda, y así han llegado serenas, felices en su rincón de vida tranquila, a la vejez amable, que ha coronado de plata sus rostros pálidos, marfileños.

Algunas veces, cuando los pollos y las pollas que asisten a la cena —entonces no se llamaba muchachas a las señoritas—, cuando los jóvenes, digo, insisten mucho, las buenas señoras consienten en que se organice un rigodón o se bailen unas vueltas de vals, mientras llegan las doce. Cuando la cena termina y se van los convidados, deseando felices Pascuas a las señoras, nuestras dos ancianas no dejan de decir: “¡Jesús, qué calaverada; si son cerca de las dos!” “¡Como todos los años!” replica una de ellas.

#### V

De todas las Nochebuenas pasadas, la que ha dejado una huella más tierna en mi espíritu es esta Nochebuena lejana en casa de las tías. “Si sois buenos —nos decía mi madre— os llevaré a ver el nacimiento a casa de las tías”. Y éramos buenos, o nos daban indulto, y nos extasiábamos ante el nacimiento, que era una institución familiar. Y al marcharnos sentíamos un poco de despecho y un gran deseo de crecer, de ser grandes, para poder asistir a aquella cena de Navidad, a que concurrían nuestros primos mayores, y que se nos figuraba una cosa maravillosa, una de las formas de la felicidad. ¡Con qué emoción, ya con bozo en el labio, asistimos la primera vez, pendientes de unos ojos negros que brillaban y de una boca de rosa que sonreía con el supremo saber de la inocencia!

El valor de amar, cuentos/E. Gómez de Baquero.— Madrid: Calpe, 1922.